



## Periódico Literario y Artístico

HEMEROTECA  
RESERVA

### La transgresión del mandamiento



XISTE—como evidente prueba del progreso universal—una asociación compuesta de hombres ilustres de todas las naciones, que se denomina *La Liga de la Paz*.

Para esa fraternal Asociación ha pintado un cuadro el notable pintor H. Danger, cuya copia reprodujo no hace mucho en sus páginas EL FIGARO habanero. Apenas nos fijamos en aquella hermosa concepción, nos sentimos profundamente emocionados; tan digna, tan adecuada, tan propia es de la benemérita institución que la posee.

«..... *Y nos amemos unos á los otros como nos lo ha mandado:* (Juan Ep. I. Cap. III. V, 23). Aquel precepto generoso, humanitario, que el predicador de Nazareth promulgaba en la civilizadora propaganda de su doctrina de paz y amor ¿cuántas y cuántas veces se ve olvidado, pisoteado, envuelto entre las ruinas de las ciudades destruidas, ó arrasado entre torrentes de sangre humana?....

Enrique Danger ha llevado al lienzo los efectos terroríficos de aquel precepto tantas veces incumplido, y por eso titula admirablemente su cuadro: *La transgresión del mandamiento*.

¡Qué hermosa doctrina y qué horrible realidad!

Allá, á lo lejos, sobre el monte y en un lindero se divisan las cruces del *Gólgota*, en cuyo agreste patíbulo selló el mártir con su sangre la redentora doctrina que elocuentemente predicó.

Sobre la falda más cercana de aquel monte, descendiendo por limpio sendero se ve á Jesús, sobre cuya simpática figura se enfocan brillantemente, iluminándolo, los últimos resplandores del Sol que se oculta en Occidente. El predicador parece que de improviso, sorprendido, se detiene y cubre sus ojos con su mano, delirante, angustiado, vencido por lo que acaba de ver....

¡*Y nos amemos unos á los otros como hermanos!*..... y sin em-

Sancti-Spiritus.

bargo ante su vista—apartada con todo el horror que impone á un corazón todo piedad, todo amor, todo sublimidad—acaban de presentarse la iniquidad de los hombres, la aberración de la piedad, el olvido de la caridad, la proscripción de la fraternidad.

El sol caía. Medio campo está ya en sombras, medio campo es abrigado aún por los postrimeros resplandores del Sol, que también parece que se oculta, afligido y avergonzado. Las sombras son á veces disipadas por los resplandores del incendio que destruye la vecina ciudad, que á otro extremo se divisa, humeante, y ya apareciendo en ella, como espectros calcinados, las paredes ruinosas y desiguales, débiles restos vencidos por el huracán del fuego.

Y sobre el campo—doblando los antes erguidos tallos, aplastando las flores del riente valle—tendidos aquí y allí troncos de cuerpos yacentes, destruidos, cabezas aplastadas, piernas y brazos retorcidos, bocas abiertas como lanzando el último estridente grito de la vida ofrendada brutalmente; manos aún cerradas con bravura, empuñando el acero no abandonado, como si todavía esperaran el mandato brutal de Luzbel para seguir transgrediendo el sublime mandamiento de Jesús.

Ah! se comprende la idea grandiosa del pintor al presentarnos á Jesús con el rostro cubierto entre las manos. El que predicó la paz, el que proclamó el amor como fuente salvadora de la vida, el que enseñó la práctica adorable de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad, no podía contemplar las aberraciones de la humanidad en su forma más brutal é inhumana: la guerra.

Los hombres que componen *La Liga de la Paz*, son los verdaderos continuadores y sostenedores de aquella sublime predicación que, á través de diez y nueve siglos, aun hay que proclamarla como inmutable y grandiosa. Los miembros de la *La Liga de la Paz* convocan congresos, publican libros, propagan folletos, periódicos, hacen que el pintor lleve al lienzo conmovedoras escenas y predicando como solución humana en las contiendas de los hombres, el arbitraje.

El grandioso asunto del cuadro de H. Danger no es extraño que infunda tanta emoción, que lleve al alma del observador ese fluido misterioso de los grandes ideales, y á la vez ese dejo amargo que producen los errores de la débil humanidad, á la cual se anhela ver siempre alumbrada por los resplandores de la razón, nunca sombreada por las negruras del mal.

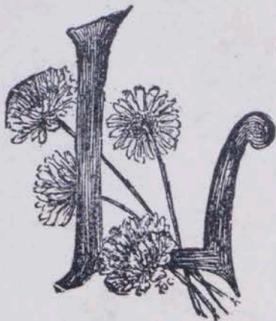
*Y nos amemos los unos á los otros....*

¡Que la civilización detenga con su mano salvadora, en el peregrinar humano, la transgresión del olvidado mandamiento!

FRANCISCO J. RABELL.



## UN FILÓLOGO AMERICANO



LOS europeos se han dedicado, desde hace algún tiempo, á practicar viajes de exploración por el alma norte-americana. Después de no haber tenido ojos sino para las maravillas naturales contenidas desde los grandes lagos hasta el delta del Mississippi y, más allá de la gran muralla roqueña, hasta la abrupta costa que bañan las olas pacíficas; cansados ya de contemplar en fusión las mezclas de pueblos y registrar la diversidad de sus tipos y costumbres, han empezado á mirar con atención qué hay en la conciencia del organismo social más pujante que ha producido hasta ahora la humanidad.

Los primeros descubrimientos no debieron parecer muy favorables, pues los sabios trasatlánticos hablaban con cierto despego y temor de un espíritu americano, del *americanismo*, que se iba infiltrando en algunas de las civilizaciones occidentales. No era del todo fácil descubrir qué entendían por ese americanismo vi-tando; pero podía colegirse que se trataba de una especie de cultura acorchada, de brotes vigorosos pero que no llegan á completo desarrollo, una cultura por excelencia utilitaria y que no acaba de elevarse á las regiones encantadas del arte supremo, ni á las regiones serenas de la ciencia pura.

No sé si esto sería exacto en el año cincuenta ó en el setenta— los americanos viven muy de prisa—; aunque no habían transcurrido muchos años del desembarque de los *padres*, cuando ya comenzaban á brotar renuevos de la Universidad de Cambridge en el suelo americano. Lo que sí puede asegurarse es que cuantos estudien hoy la vida intelectual en los Estados Unidos asen-tirán difícilmente á seguir compartiendo ese prejuicio.

Precisamente uno de los fenómenos sociales más interesantes, en la Unión, es el desarrollo poderoso que han adquirido los organismos que elaboran la cultura superior. Interesante por la espontaneidad con que han brotado, aquí gracias al amor de un solo individuo á la ciencia; allá por el espíritu de propa-ganda de una secta, que quiere hacerse buen lugar entre sus concurrentes; acullá por inspiración del Estado, que echa las bases y facilita los elementos necesarios de vida. Interesante también por la gran difusión de esos centros en tan vasto terri-torio y por la misma variedad de tipos que presentan. No todas las Universidades americanas se han elevado á la misma excelencia, y buen número de ellas merecerían título menos ambicioso. Pero todas están animadas del mismo espíritu, y ante las más humildes está expedito el mismo camino que ha con-ducido á las otras á su apogeo. Algunas realizan ya plenamente el gran objeto social de estas instituciones: recogen y trasmi-

ten todo el saber de la humanidad en este punto preciso de su historia, y preparan así obreros para aumentar ese caudal pre-cioso. Las que no lo realizan todavía, se empeñan por realizarlo.

No hay una sola de las ciencias que se cultivan en las univer-sidades europeas, sean experimentales, racionales ó históricas, que no florezca hoy con brillo y provecho en los institutos simi-lares de los Estados Unidos. Ninguna rama de la cultura, aun las más alejadas de la práctica, aun las menos mezcladas con las absorbentes atenciones de la vida cotidiana, deja de tener allí discípulos y maestros.

Un ejemplo notable me ofrecen los libros que tengo á la vista, de un joven profesor de la Universidad de Pennsylvania. Mr. Al-fredo Gudeman (\*) se abre con ellos un puesto distinguido, en un campo de estudios, no nuevo, pero sí completamente renovado en nuestro siglo. Estudios conocidos ciertamente en los Estados Unidos, donde existe una sociedad especial para fomentarlos y propagarlos, pero que no habían servido todavía de base á un renombre que traspasara el Atlántico. Este estudio es la filolo-gía, hija de la gramática, hermana menor de la erudición, á la que ha logrado suplantar, por la superioridad de sus métodos, discípula de la lingüística y aliada provechosa de la historia.

Mr. Gudeman se revela en estas obras filólogo eminente. Está dotado de las cualidades indispensables para ser maestro de filó-logos: verdadero espíritu crítico y gran poder de concentración. Benoist ha definido lúcidamente la filología como la geología del mundo intelectual. Ha de descubrir, pues, la base misma de las formaciones mentales y rastrear y poner de manifiesto su desarro-llo. Pretende seguir la labor del pensamiento humano, y reco-ge para ello los menores fragmentos. Cuanto ha escapado á la voracidad del tiempo, que pueda servir de signo á lo que ha pen-sado el hombre, cae bajo su observación, y ha de registrarlo y clasificarlo. La necesidad de restringir su campo le hace preferir el signo escrito; busca el manuscrito, el libro. Pero la epigra-fía, la numismática, la técnica artística no pueden serle extrañas.

El filólogo americano ha buscado su especialidad en lo que se llama la filología clásica. En este campo ha producido un estu-dio magistral sobre el famoso diálogo *De oratoribus* atribuido á Tácito, del que da una edición insuperable, y un *Bosquejo de la historia de la filología clásica*, que es una maravilla. Cuando se recuerda que el *Triennium Philologicum* de Freund tiene seis vo-lúmenes, aún considerando que el empeño de Mr. Gudeman es mucho más circunscrito, no puede uno susstraerse á la admiración, al encontrar en un librito de setenta y siete páginas una carta tan completa de cuanto hay que recorrer para reconstruirse la histo-ria de la filología greeco-romana, desde el período pre-alejandrino hasta el actual que merece llamarse germánico.

Con este solo trabajo Mr. Gudeman ha entrado también en la historia de la filología.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

(\*) En el próximo número daremos á conocer el retrato de este distingui-do filólogo.

## Nuestro Director

ALLASE por fin entre nosotros el tan querido como inteli-gente Director de «El Figaro», Manuel Serafin Pichardo, acompañado de su distinguida esposa, y nos complace-mos en darles la más calurosa bienvenida.

Pichardo nos llega transformado, dichoso con las grandes im-presiones recibidas en su interesante viaje, con la acogida entu-siástica y cariñosa que mereció en la corte, con el logro de la más ardiente de sus esperanzas, que es hoy la realidad más bella sobre que descansa su corazón.

La gloria y el amor lo han coronado, y así, con el aliento sobrenatural que la felicidad nos presta, viene á ocupar su pro-minente puesto entre nosotros, para dirigirnos nuevamente en la difícil y hermosa obra de darle cada día á nuestro periódico un atractivo más, de mantenerle la brillantez adquirida, la impor-tancia capital que tiene en nuestro mundo literario y elegante. Unidos á él y siguiendo sus inspiraciones, esperamos ir lejos, muy lejos, desarrollando el vasto plan de mejoras que nos permi-te acariciar la acogida excepcional que nos dispensa el público.

Al saludar á nuestro amado Director en el momento de reanu-dar sus antiguas labores, no podemos menos de expresar las más cordiales gracias al ilustre Enrique José Varona, quien nos hon-ró aceptando la dirección interina de esta Revista que tanto le debe y que se enorgullece y regocija de seguir contando con su preciosa colaboración.

¶ María ¶. de Pichardo

Bendiga Dios tu destino,  
Y de tus castos amores  
Vaya el ángel peregrino,  
De tu vida en el camino,  
Regando dichas y flores.

V. RIVA PALACIO.

Julio, 1895.

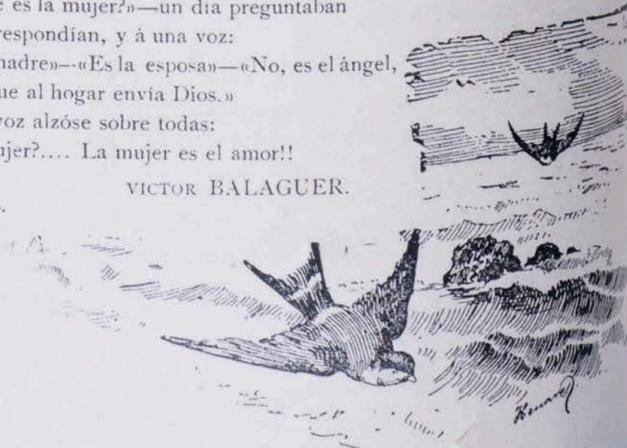
## ¿Qué es la mujer?

A María

—«¿Qué es la mujer?»—un día preguntaban  
Y á coro respondían, y á una voz:  
—«Es la madre»—«Es la esposa»—«No, es el ángel,  
el ángel que al hogar envía Dios.»  
Pero una voz alzóse sobre todas:  
—«¿La mujer?... La mujer es el amor!!»

VICTOR BALAGUER.

Julio, 1895.



## Bajo la lente

### EZEQUIEL GARCÍA ENSEÑAT

Ojos grandes, azules, profundos,  
Para ahondar en los libros dispuestos;  
Alta frente que, en vez de los años,  
Con arrugas selló el pensamiento.

Cuadra á tiempos mejores su torso  
De elegante y bizarro mancebo;  
Dandy fuera en la Albión de los Brummels  
Y en la corte de un Luis, mosquetero.

En su hidalgo perfil se recortan  
Las efigies de bustos añejos  
Esmaltados en las miniaturas,  
Burilados en los camafecos.

Romancero ó pintor le fomaran  
En sus obras por héroe ó modelo  
De algún noble galante en el libro  
Ó algún príncipe blondo en el lienzo.

Es su oficio bordar filigranas  
En la malla difícil del cuento,  
Esculpir en los bloques de prosa,  
Cincelar en el oro del verso.

Por ganarse las almas, nombróle  
La legión del amor caballero,  
Y adoptando divisa apropiada,  
Se decora con flores el pecho.

Siempre al eco de extraños dolores,  
Generosas, sus manos se abrieron,  
Donde en forma de pluma ó de espada,  
Se halla firme y vibrante el acero.

Para hacer de su vida un oasis  
¿Qué le falta? Los hados le dieron  
Una esposa que es santa en la tierra,  
Y una niña que es prenda del cielo.

Jamás nublan su rostro las penas....  
Pero nó; que en amargos momentos,  
Cuando piensa en la patria que sufre  
Ó en lejanos amores intensos,  
Aparece en su faz conmovida  
La nostálgica luz del recuerdo.



París, Junio, 1895.

MANUEL S. PICHARDO.

### MIREILLE



**E**L 4 de Octubre de 1891, en París, calle de Montenotte, cerca del Arco de Triunfo, le nació á mi buen amigo Ezequiel García una niña, Mireille, la graciosa miniatura que sonrío en el grabado adjunto. Un mes después, el 5 de Noviembre, en la propia calle y frente por frente de Ezequiel García, me nació un niño á mí, Paul Louis, cuya imagen no queda en este mundo sino en la memoria de sus padres.

Los dos niños formaban contraste delicioso: era Mireille rubita, de ojos azules, muy mansa, toda una mujercita dulce y comedida; Paul-Louis era de ojos negros, de carácter vivo, muy exigente, muy escandaloso, caballero con quien me proponía ser muy duro algún día, más tarde, cuando él tuviese cuerpo para resistir el peso de una mano. Los dos eran bellos, y si se juntaban—lo que acontecía á menudo por ser buenos vecinitos—la mirada se complacía yendo de una á otra figurita, tan rosaditas ambas y tan monas.

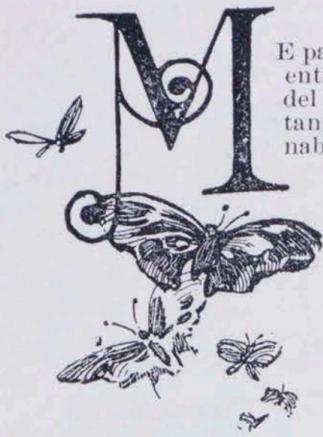
Un año después, cuando empezaban á hablar, trataron de nombrarse mutuamente, y Mireille se convirtió en *Millé*, y Paul-Louis se transformó en *Po-pol*. Los caracteres se acentuaban, *Millé* se movía cada vez más suave y silenciosamente entre los muebles, como soplo de céfiro entre arbustos; *Po-pol* se disparaba con giros y estrépitos de torbellino. Tal impresión produjo el revoltoso en la tranquila, que cuando ésta oía en el barrio un alboroto, gritos de muchachos, riñas de perros, golpes de puertas ó ventanas, volvíase á su niñera y toda azorada le decía: *¿C' est Po-pol!*

Un año más tarde no eran ya vecinos, pero de vez en cuando se visitaban. A fines del 93, al comenzar el invierno, hizole *Po-pol* una visita á su *Millé*, y á la salida, fué herido por el cierzo.... Diez días después, en una mañana horrible, tan revuelta y oscura como mi alma, bajaba yo, acompañado de cinco amigos, la callecita de Montenotte, marchando en pos de una cajita blanca. En esa cajita yacía mudo el bullicioso, quieto el intranquilo, pálido, muerto el hijito de mi corazón.... mientras no lejos de allí Mireille, tras los cristales, miraba con sus grandes ojos azules aquel cielo, aquella naturaleza triste, que también era malvada . . . . .

Mireille ha seguido creciendo, cobrando vida y hermosura, revelando gracias, y es hoy una deliciosa criaturita de cuatro años, adoración de sus padres y encanto de cuantos la contemplan.

D. V. TEJERA.

## CAUSERIE



Me parece estar viendo á Imbert Galloix entrar en París aquella mañana asaz fría del mes de Octubre. Aquella fisonomía tan intensamente pálida donde se adivinaba un alma de artista, me es muy conocida; y he visto en alguna parte aquel cuerpo enclenque metido en una roída levita que detacaba sus perfiles sobre el asfalto mojado de los *Boulevards* y las negruscas calles de la gran Babilonia, deteniéndose á cada paso para murmurar: «Oh ciudad de lodo y humo!»—como decía Rousseau—hazme la confianza de tus secretos, revélame toda tu grandeza, que yo á cambio te consagraré un alma, pronta para las grandes luchas del pensamiento.

Imbert Galloix llegó á París como tantos otros que llegan á ese grandioso taller de la civilización, con un rollo de papeles debajo del brazo y un mundo de esperanzas por delante, viendo en cada manifestación de la vida una promesa, y alentando ilusiones al parecer de fácil é inmediata realización. ¡Cuán equivocado estaba! El once de Octubre de mil ochocientos veinte y siete llegó á París, y en el propio mes del siguiente año dejó de existir. Contaba á su muerte veinte y dos años.

Aunque no ha dejado Imbert ninguna obra, fué un artista de raras condiciones y extraño talento. Su talento llegaba al desequilibrio de sus facultades mentales, y la neurosis le había dado horribles dentelladas en el corazón. Sólo he leído de él una carta, carta íntima de un hombre agobiado por las contrariedades de una lucha sin tregua, donde en cada línea fué dejando partículas de su alma. Allí está retratado de mano maestra, se le espía en sus menores pasos por la gran ciudad, se leen sin mucho esfuerzo todos sus pensamientos, se oyen los latidos de su turbulento corazón y acaba uno por darse cuenta de quién fué Imbert Galloix.

Después que contempló el París objetivo, le entró un profundo desaliento; verdad que, según se deduce de su carta, lo que él deseaba escudriñar era el París que piensa, quería vivir la vida de las sensaciones y procuraba aplicar el oído por doquier percibía el golpe de un cincel literario. Al principio encontró, á medias, la cifra de sus anhelos. Después se abandonó en el aburrimiento absoluto. Aburrimiento que se trocó en pena, en desgracia, en dolor. Oh, cómo envidiaba la vida errante de ese desgraciado, rico y noble de Alfieri: «¡qué suerte ser desgraciado con treinta mil francos de renta!» y esto lo decía á pesar de su facilidad para despojar la desgracia de su ropaje primitivo. Lo que más le llegó á preocupar fué el no haber nacido inglés. Pensó por momentos que ésa era la primera cualidad para ser feliz.

Es un caso curioso el de Imbert Galloix. A no haber sido venido tan prematuramente, su genio hubiera dado qué decir. ¡Era mucho aquella alma para un organismo tan deleznable! Precisamente tal vez debió su muerte á que no encontró en la vida lo que él creía encontrar, y á fuerza de machacar ideas en el cerebro llegó á la degeneración y murió, abandonado, sin que su nombre se hubiera abierto paso más que en la memoria de dos ó tres prominentes figuras de su época.

Dice Víctor Hugo: «Para nosotros Imbert Galloix no es sólo

Imbert Galloix: es un símbolo. A nuestros ojos representa una notable porción de la generosa juventud actual. En el interior un genio mal comprendido que le devora; exteriormente, una sociedad mal asentada que le ahoga. No hay salida posible para el genio cogido entre el cerebro; no hay salida para el hombre cogido bajo la sociedad.

Estas hermosas frases del gran poeta hacen una admirable presentación de Galloix.

Hay un misterio que se escapa á la contemplación más experta, en la vida de Galloix, y algo inexcrutable en su historia corta, la que puede producir un espíritu en efecto grande, pero en un organismo enfermizo, enclenque, incapaz de luchar un solo día, durante los doce meses de un año.

Aquel valor que últimamente le caracterizó, por no haber nacido inglés, traduce el estado de su temperamento. Galloix necesitaba un pretexto para sufrir hondamente, y ese fué el pretexto. La enfermedad era interna é ingénita. Si hubiera nacido inglés, lord y rico, no hubiera sido ésa la causa del dolor central, hubiera sido cualquiera otra, pero hubiera sufrido siempre.

Su sueño, cuando vivía en Ginebra—Imbert era ginebrino,—fué vivir en París, codearse con los

literatos de mérito, más que sueño fué preocupación que solicitaba todos sus momentos. Cuando vió realizada ambas cosas, tiró la pluma y se cruzó de brazos, desilusionado, escéptico. Entonces, su sueño, su preocupación, su dolor, toma distinta forma y echa de menos la Inglaterra. En Francia no estaba en su centro. Parecíale París detestable y se encerraba en su buhardilla de la calle de Fossés-Saint-Germain des Pres para encontrarse solo, frente á frente con sus penas, en las que nunca puede gozarse, pues el espíritu analítico predominaba en él para su eterno desencanto.

Pero todas las facultades de su dolor seis meses antes de morir, esto es, seis meses después de estar en París, se reconcentraron en un punto: el no haber nacido inglés. Ese nuevo giro de su dolor no puede tomarse sino como un nuevo objeto.

Antes de haber visto á París cifraba en esto toda su felicidad. Y después que ve cumplidos sus sueños, que sostiene correspondencia con los mejores literatos y está en regulares condiciones para la lucha, hace emigrar para la Inglaterra todos los privilegios de su predilección. No es aventurado suponer que un inglés dentro de aquel organismo, y con aquel temperamento, hubiera vuelto los ojos hacia la Francia ó la Italia, ó se hubiera desesperado por no ser apto para las ciencias, ó no tener facilidad para aprender el alemán.

Para preferir la Inglaterra tiene Galloix argumentos tan hermosos como los que tuvo antes para preferir la Francia.

Dice en su carta: «Voy á explicar el origen de mi pasión por la Inglaterra. En primer término me complazo en revivir con los muertos, en conocer su vida pasada, en habitar con ellos, en seguirlos en las circunstancias de su existencia, en crearme, en fin, simpatías que la ilusión del tiempo engañe y que la presencia de los individuos no pueda destruir. Por lo tanto, en Inglaterra podría disponer á lo menos de cincuenta poetas de una vida aventurada, y en cuyas obras rebosan la imaginación, las ideas, &c.; en Francia no cuento con tres. Además de esto, tendría una patria que hubiese amado hasta la preocupación: tanta es la poesía que encierran las vetustas costumbres inglesas y tanta la imaginación que descuella en todo lo que á aquel país atañe. En primer término, en vez de una literatura, cuéntanse cuatro: la americana, la inglesa, la escocesa y la irlandesa; y á pesar de emplear un mismo idioma,

## ALBUM FEMENINO



Srta. Fluralia de Maruri y Valdivia

ELLA, con la belleza espléndida de las mujeres de la Circasia, muestra en el conjunto de la línea y la expresión, algo como un florecimiento fastuoso de la primavera de la vida.

En sus pupilas muy negras, tan negras que sólo pueden compararse al palio oscuro de sus crenchas, parece palpitar un ave; tal vez su alma que al entornar las alas, formadas por la red de sus pestañas, hace soñar en todo lo adorablemente hermoso.

Sus perfiles, llenos de seducciones, ostentan en toda su pureza, las líneas y curvaturas suaves de la hermosura en toda su plenitud.

Opulenta en todas las manifestaciones de la belleza, une á la forma correcta, la expresión, inagotable fuente de delicias.

No es más que una mujer, pero... ¿qué más puede serse que una mujer, cuando esa mujer es como ella?

Oh! Si mis homenajes fueran flores, aromarían la senda que han de recorrer sus pasos!

F. U.

cada una de ellas tiene distinto carácter. ¡Cuántas riquezas literarias! La vida del maniático Cowper, tan gran poeta, ha sido escrita en tres volúmenes en octavo; la de Jhonson en cuatro. Según Walter Scott, la biografía de este último encuéntrase en toda casa de campo, &c. Y además, al solo nombre de Jhonson, un inglés tiene ante sus ojos una individualidad, un personaje que posee el privilegio de vivir todavía, obrando así física como moralmente. Hay treinta poetas vivos, todos originales, todos individuales, que no siguen las huellas el uno del otro, y muy fecundos. ¡Cuántas riquezas! Finalmente, ¡vayan unas aventuras las del infortunado Savage, y las de Shelley! ¡Qué coloso ese Lord Byron!

A través de las frases que campean en tan ingenuo párrafo, podrá notarse la tendencia de Galloix, en los momentos de escribirlo, por el país de Shakespeare.

El joven artista murió, mejor dicho se dejó morir de abandono

al año justo de vivir en la gran ciudad que constituyó su ideal en otro tiempo. Al principio colaboró en algunos periódicos, trabajó algo en prosa y verso, pero al poco tiempo se aburrió negándose a dar un golpe; y aquel suicidio lento de su cerebro apagó, en su última convulsión, el alma de aquel desdichado.

Como se le observa bien es leyendo su carta, una carta que empezó a escribir el once de Diciembre, abandonándola para después continuarla el veinte y siete del mismo mes, volviéndola a abandonar, y concluyéndola el treinta de Mayo, sin pensar siquiera un instante, que aquel escrito dirigido á un íntimo de Ginebra, viera la luz pública más ó menos tarde.

Cuando se sale apesadumbrado de esa lectura, parecenos que hemos estado en compañía de un buen muchacho que nos relata sencillamente sus dolores, media hora, y que al despedirnos, sabiendo que no ha de tardar mucho en morir, lo queremos ya como á nuestro más doliente y cariñoso amigo.

CARLOS A. VASSEUR Y POO.

SONETOS

Soirée

Vestibulo. De búcaros flamantes  
Brotan dalias purpúreas, blancas lilas  
Y heliotropos violados. Vacilantes  
Las nostálgicas flautas sus tranquilas  
Cadencias desenvuelven. Las vibrantes  
Voces en el salón, de las sibilas  
Los acentos semejan. Los diamantes  
Son cráteres de luz. Por las pupilas  
Yerran almas de estrellas. Las ojeras  
Su crepúsculo extienden en la albura  
De los rostros intensa. Enjoyelada  
La alegría llega. Bullen mis quimeras,  
Y cual la flor al astro que fulgura  
Tórnanse á la memoria de mi amada.

CARLOS P. UHRBACH.

Budoir

Alcoba. En los tapices, el ramaje  
Sobre malva entreabre blancas rosas  
Con un tinte enfermizo. — Un oleaje  
De blondas cae del lecho. Tembrosas  
Parpadean las joyas. El paisaje  
De un biombo irradia luces misteriosas  
De crepúsculo pálido. Salvaje  
Y voluptuoso olor de resinosas  
Maderas esculpidas. Grave escudo  
Labrado en la cornisa. Espesa alfombra  
Ahoga las pisadas. En la incierta  
Penumbra de la tarde, yace mudo  
El fastuoso *budoir*, donde la sombra  
Va envolviendo el recuerdo de la muerta!....

FEDERICO UHRBACH.

UNA CARTA

Sr. D. DIEGO VICENTE TEJERA—EN «EL FIGARO»

Estimado amigo y maestro:

**C**ULPE V. á indolencia mi retraso en acusarle recibo de su amenísimo volumen *Un Poco de Prosa*, aunque yo sé que ha sido falta material de tiempo; pero jamás crea que á otra causa puede obedecer mi silencio. Tratándose de V. caería en el mayor ridículo quien afectase indiferencia, y la poca estimación en que se me tiene no quiero perderla con suposiciones gratuitas.

He leído su tomo de prosa con el mayor regocijo, saboreando ya este bien pensado estudio, ya aquel cuento donde campean atinadas y profundas observaciones, ya deleitándome con la fina ironía de una sátira á los malos poetas.

Los que hasta ahora le teníamos á V. por un rimador, y por un rimador indolente además, nos hemos agradablemente sorprendido ante su prosa amena y erudita, y por lo que á mí se refiere, si me dan á escoger entre sus rimas, que son muy inspiradas, y sus correctos y armoniosos párrafos, me quedo con los últimos.

A preferir su prosa y la de otros muchos poetas que conozco me impele por otra parte esa propensión que tengo á alejarme cada vez más de los versos, y ese entusiasmo creciente que experimento por la jerga animal del ser humano—como llama Campoamor á la prosa—pero que es, no obstante el anatema del autor de las *Doloras*, el ancho y bello camino por donde la idea corre á su antojo, sin que nada la ponga obstáculos, ni deje detrás girones de su vestido, como tan amenudo le sucede cuando se extravía por los intrincados senderos del Parnaso.

Encuentro lo mejor de su obra, los bien pensados y escritos estudios que hace de una novela de Feuille, de *Les Dames de Croix Mort* de George Ohnet y de un libro de D. Juan Valera, quien por mucho que mire desdeñosamente á la poesía, gústale echar su cuarto á rimas de tarde en tarde en volúmenes como el que V. con tan fina sátira analiza; he saboreado también de *Un poco de prosa* la elocuente defensa que hace V. del gran Hugo, á quien Brunetiére niega la sal y el agua, y sobre todo háseme quedado en la memoria para todos los días de mi vida, la silueta que traza su pluma sutil del poeta decadentista Augusto de Armas.

Le felicito calorosamente, amigo Tejera, y puedo asegurarle que si, libros como el suyo apareciesen con frecuencia en nuestro círculo literario, ganaría mucho nuestra cultura, y podríamos hablar alto y fuerte de nuestra significación en el mundo de las letras. Va también para la biblioteca de EL FIGARO mi enhorabuena, por haber enriquecido su catálogo con *Un poco de prosa*.

Y deseando que no le quede de su libro ni un ejemplar para muestra, me reitero á sus órdenes su admirador y amigo

FEDERICO VILLOCH.





TEATRO DE LA GUERRA.—PRIMER CONVOY DE CAUTO Á BAYAMO—PASO DEL RÍO LA PLUMA

## CRÓNICA

LA vida habanera retratada en la prensa de París. En un número del importante diario parisiense *Le Temps* y bajo la firma de un distinguido escritor, aparece en un artículo titulado *Cuba* esta pintoresca descripción:

«En el paseo desfilan en sus trenes, las señoras elegantes, las lánguidas señoritas, cuyos tipos delicados, grandes ojos negros, talles esbeltos y extremidades maravillosas de finura, son la admiración de los extranjeros. Es que la cubana, de las clases superiores, camina rara vez; sino fuese por el baile—por el cual delira—pudiera creerse que sus pies le fueron dados, menos para servirse de ellos que como objetos de arte. Apasionada por el placer, no sale de su indolencia natural y de su vida casera, sino para el baile, el teatro y los paseos en coche. Por la mañana á la iglesia, por la tarde frecuenta los almacenes de novedades de las calles de Obispo y O'Reilly, el Parque de Isabel, donde se dan conciertos militares, las pastelerías de moda, y casi todas las noches se las encuentra en el Teatro de Tacón».

Ya conocéis, damas habaneras, el juicio que merecen vuestra belleza y vuestros hábitos á la pluma de un nuevo *touriste*, tan genial como tantos otros.

\*\*\*

Alojados provisionalmente en un *appartement* del hotel *Mascotte*, se encuentran desde el domingo los jóvenes y distinguidos esposos Sra. María Amblard y Sr. Manuel Serafín Pichardo.

Ese día arribó á estas playas la dichosa parejita, tras la dilatada ausencia que resolvió, en inolvidable ceremonia, la ansiada y merecida felicidad de sus corazones.

Han vuelto María y Pichardo saludados por la más halagüeña de las simpatías. Las más halagüeñas, porque ellas han nacido inspiradas por las cualidades de belleza, bondad y distinción de la gentil novia y por los singulares merecimientos de talento, laboriosidad y nobleza del joven esposo.

Aquí se han repetido á los jóvenes esposos las felicitaciones y obsequios que se les han hecho en Madrid y París. Sus amigos de la Habana les han dado la bienvenida con preciosos regalos; algunos de los cuales he tenido el gusto de admirar.

Yo siento que estas líneas estén destinadas á EL FIGARO. Si escribiese en este momento para otro periódico—otro cualquiera donde nadie pudiese advertir el más leve asomo de parcialidad—yo haría nuevas protestas de las arraigadas simpatías que siento por uno de los más denodados innovadores de las letras habaneras, por el inteligente y culto Pichardo, tan digno de que sus esfuerzos hayan, al fin, alcanzado los testimonios de admiración y las pruebas de cariño que abonan las expresivas saluciones que con motivo de su regreso á la Habana han desfilado, en simpático concierto, por las columnas de todos los periódicos.

A la dama, á la amiga de siempre, hoy más estimada que nunca, rindo todos mis cumplimientos.

A Pichardo, el hermano en la crónica, el íntimo en la vida, el más fraternal de los abrazos.

\*\*\*

*Carnet* de temporada:

—En Marianao se encuentra, desde hace algunos días, la distinguida familia del Sr. D. Luciano Ruiz.

—También en Marianao debe haberse ya instalado, en unión de una muy estimable familia, mi graciosa amiga Celia Cepero, la encantadora señorita de San Antonio de los Baños.

—Para la Víbora se ha trasladado la familia del conocido corredor de este comercio y apreciable caballero Sr. D. Guillermo Bonnet.

—Después de dos meses de temporada, acaba de regresar de los balnearios de Madruga la familia del Sr. D. Jacinto Baldasano.

Con la ausencia de Josefina, pierde Madruga una de las galas más encantadoras de su actual temporada.

—Conchita Porto, mi linda y delicada amigueta, pasará en el Vedado los meses que restan del verano en compañía de su espiritual primita *Teté* Mariño.

\*\*\*

### CORREO DE BODAS

La blonda y aristocrática señorita Mercedes O'Reilly—hija de los Condes de O'Reilly—ha sido pedida en matrimonio por el conocido joven Sr. Manuel Ajuria, perteneciente á nuestra sociedad más distinguida.

\*\*\*

Con el paseo del Prado comparten la animación de los domingos las carreras del Vedado.

El espectáculo es alegre y pintoresco durante dos horas de la tarde en aquella amplia alameda cercada de quintas tan preciosas como la de mi buen amigo Carranza.

Por allí van de paseo las principales familias del Vedado y un número escogido de la capital.

En las carreras de sortijas del domingo sobresalieron el simpático y valeroso *ecuyère* Pepe Martínez Oliva, Berriz y el entusiasta Ramón Ma de Ayala.

Pepe Martínez montaba la famosa yegua *Cuca*, de media sangre. El vencedor fué el joven Ayala, hijo del distinguido é inteligentísimo profesor de equitación.

Por el nuevo parqueito discurrían esa tarde *Nena* Ariosa, Angélica Galarraga, Julia Pacetti, Emilita Valls, Narcisa Ayala, la interesante *Teté* Ayala,—las señoritas Gutiérrez, Coello, Toscano, Freixas, Posada, Alfonso y mi preciosísima amigueta del Vedado, Emelina López Muñoz.

Muchas señoras distinguidas: de Alamilla, de Landeta, de González Lanuza, de Crapp, de Triay, de Lecaille, y de Carranza.

La animación es cada vez más creciente y para este domingo se espera una tarde deliciosa.

\*\*\*

### MATINÉES

—Para hoy, la segunda de la temporada en la glorieta de los baños de Cojímar.

—El día 21, tercera *matinée* de la serie en la playa de Marianao.

\*\*\*

El *Círculo Habanero* no decae, para suerte de muchas familias que abonadas á este centro tienen la seguridad de disfrutar de buenas veladas y fiestas muy agradables.

Yo anhelo para el *Círculo* el florecimiento de sus primeros años. La sociedad que fundaran los Estéban, Armenteros, Fornaris, Pérez de la Riva, etc., es merecedora de que viva con auge.

Hoy, que todo se resiente del mal de la desanimación, el *Círculo Habanero*, aunque tocado de la enfermedad, se mantiene con fuerzas bastantes.

El *Círculo* ha celebrado junta general para cubrir los puestos vacantes en su Directiva con el resultado siguiente:

Presidente, Dr. D. Ricardo Dolz.—Vice, Dr. D. Francisco Torralbas.—Vice Secretario, Ldo. D. Eduardo Moreno.—Vocales: Señores Angel Fernández Larrinaga, Alfredo Martínez Aparicio, Felipe González Sarrainz, Guillermo Soto Limendoux, Luis M. Portuondo y Miyares y José Pellicer.

Muy acertado y muy plausible el nombramiento de Ricardo Dolz para la presidencia del *Círculo Habanero*.

Trátase de una de las personalidades de mayor relieve en nuestra sociedad, de uno de los tipos que más abrigantan, por los prestigios de su talento y de su ilustración, la juventud cubana.

Abogado y catedrático de la Universidad el Dr. Dolz comparte sus cotidianas ocupaciones profesionales con la práctica de *sports* á que consagra tantos entusiasmos como la esgrima.

Se le vé tan asiduo en las aulas universitarias y en los pasillos de la Audiencia como en la favorecida sala de armas del profesor Alonso.

Joven, muy joven, en la edad sonriente y dichosa, en esa edad simbolizada por la poesía con páginas de color de rosa precedidas de páginas de color blanco, así ha muerto Amparo Vilar.

Como en las flores, la muerte llega para los seres desgraciados cuando la doble juventud del cuerpo y del alma parecía exigir mayores derechos á la vida. Y Amparo ha caído en la tumba á la edad de Ofelia y de la misma manera que Ofelia: entre besos y entre flores. Yo, que tengo tantas palabras para los que viven, no acierto jamás con una expresión para los que mueren.

Esa despedida final ata en la pluma crespones tan dolientes que mi mano, torpe é indecisa, acaba por dejar en el anónimo lo que vibra entonces en mi alma.

Para los que mueren como la infortunada señorita Amparo Vilar, el mejor y más gráfico epitafio es el que trazan las lágrimas de los que al evocar su memoria recuerdan siempre la bondad de la triste y desaparecida niña.

*Pour prendre congé*—como escribía *Fleur de Chic*—han salido en estos últimos días:

La elegante Sra. Narcisa García viuda de Moliner.

Los Sres. Marqueses de la Real Proclamación con su preciosa hija María Morales y su encantadora sobrina María Antonia Calvo.

También se ha embarcado en el vapor *Segurança*, con rumbo á New York, el distinguido y muy simpático *clubman* Colín de Cárdenas.

Pronto salen con dirección á Europa los señores Condes de la Mortera, Marqués de la Gracitud, Tomás Alonso Colmenares y señora, Arturo Amblard y el Dr. Tolezano.

La familia del distinguido y respetable caballero Sr. D. Joaquín Güel y Renté, con su hijo político el Sr. Miguel Andux, ha abandonado su quinta del Cerro para instalarse en una hermosa casa de Guanabacoa.

Sobre los anaqueles de la elegante casa librera de Wilson está *La dame en gris*, la preciosa novela de Jorge Ohnet.

Ohnet es uno de los autores favoritos del mundo femenino. Sus obras llegan todas al saloncito de Wilson porque es esta también la librería favorita del mundo femenino habanero.

La simpática y virtuosa señorita Josefa Rodríguez y Sentenat partió, el domingo último, con dirección á Méjico, á bordo del hermoso trasatlántico «Reina María Cristina».

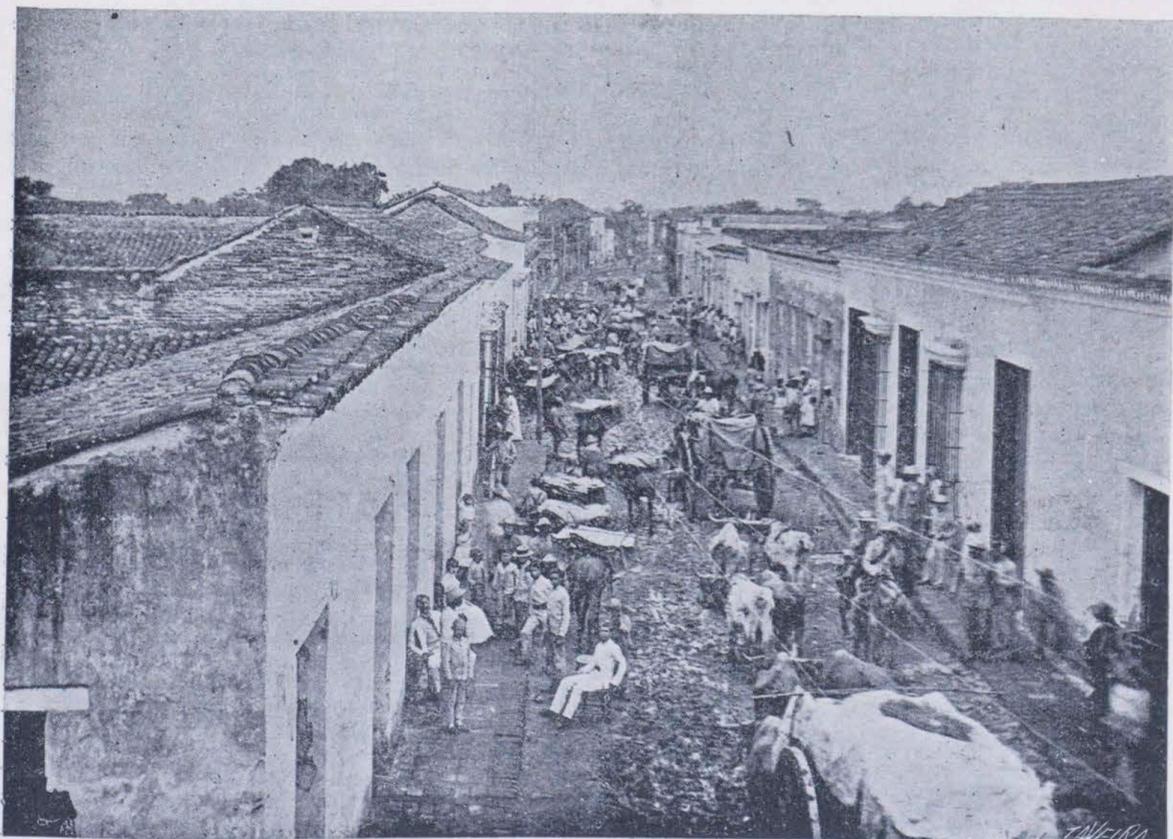
La señorita Rodríguez, á quien acompaña la Ryda. Madre Tomasini, vá á reunirse con su Sr. hermano D. Prudencio, acomodado comerciante de la capital mejicana.

Fueron á bordo á despedir á la elegante Josefa, numerosas personas de su amistad.

¡Buen viaje!

Una más que ha emigrado de nuestros salones.

Me refiero á Malvina Molins, la bella hija del General de este nombre, que á estas horas y á bordo del *Montevideo* surca el océano con rumbo á la Península.



TEATRO DE LA GUERRA.—Aspecto de la calle del Angel, en Bayamo, á la llegada del primer Convoy procedente del Cauto.

Malvina Molins es una belleza que ha pasado fugazmente por nuestros baluartes. Así y todo, las pocas veces que se ha presentado, ha obtenido las mismas frases de ologio por su distinción y su elegancia.

En la fiesta del jueves del *Veloz Club* llamaban la atención por su belleza y su gracia señoritas tan simpáticas como Julita Sotolongo, Clarita y Carmen Dorta y Sara y Rosa Patiño.

Elegantísima, mi bella amiga Angelina Pérez Leo con una *toilette* primorosamente adornada de rosas.

De las nueve á la una de la madrugada se pasaron horas muy agradables en aquellos espléndidos salones del *Veloz*.

En cifra: una fiesta animadísima. La mejor desde la apertura del floreciente círculo vecino al *Union Club*.

Ha vuelto á su residencia de la calzada de la Reina 22, la distinguida Sra. Concepción Bolaño de Sierra, en donde seguirá recibiendo á sus amistades los sábados primero y tercero de cada mes.

El notable pianista peruano Manuel Ignacio López, que es huésped de la Habana actualmente, organiza un concierto que ha de celebrarse el próximo jueves en el *Edén de Irijoa*. Tomarán parte en dicho concierto distinguidos artistas.

Una preciosa tarjeta—muy original y de mucho *cachet*—llega á mis manos.—A la letra dice:

«A las 4 de la tarde del día 25 de Mayo de 1895, nació en esta ciudad, calle Ancha del Norte núm. 29, el niño Emilio de Jesús, hijo de Da Angelina Tovar y D. Manuel Ecay, fué bautizado hoy en la parroquia del Monserrate, siendo sus padrinos su hermana la Srta. Angelina Cordovés y Tovar y su tío D. Oscar Romaguera. Habana 28 Junio de 1895».

Ni una palabra más. Porque para las felicidades el mejor comentario es el silencio.

Y una felicidad es ese niño que viene á compartir con *Manolito* las dulzuras del hogar de mis distinguidos amigos los esposos Ecay.

Con el mayor gusto envió mi enhorabuena á la distinguida Srita. González Sarraínz por el precioso retrato al óleo que acaba de hacer, y que expone Pola en su Salón, de la elegante y bella Sra. de Remírez, esposa de nuestro simpático y querido amigo el notable especialista en ortopedia Dr. Remírez.

Aparte del parecido y de la brillantez del colorido, abundan los detalles artísticos en la obra que realzan el mérito de la pintora.

El *Parzival* recibe esta semana á sus numerosas amistades en «El Anteojo» Obispo esquina á Cuba y con este motivo convida á sus lindas y simpáticas favorecedoras á que vengan á asistir á las reuniones que diaramente celebrará el mundo elegante en el referido establecimiento.

El *Parzival* no tiene más aspiración que la protección generalísima de las damas de la Habana y no pierde ninguna oportunidad para hacerles presentes sus sentimientos de respeto y simpatía.

El Sr. D. Wm. Rieger fabricante de la perfumería *Parzival* es proveedor de la Reina de España, la Reina de Portugal y la Reina de Italia. Sus productos han sido premiados en todas las exposiciones del mundo y últimamente en la de Chicago con el siguiente diploma: «Por el más alto grado y superior excelencia de las preparaciones exhibidas; por la delicadeza y permanencia del perfume; por el elegante estilo y la belleza con que han sido presentados».

Para terminar, un saludo de felicitación.

Va dirigido, entusiasta y afectuosamente, á la suprasimpática Nena Ariosa, á la ideal «japonesita» tan admirada y querida en la buena sociedad habanera.

Nena celebra su santo el martes próximo, día de Ntra. Señora del Carmen, y preceda una vez más, con estos párrafos, el saludo del cronista al saludo del amigo.

Después de algunos meses de ausencia en Santiago de Cuba ha vuelto á esta capital, donde cuenta con muchas y merecidas simpatías, el distinguido joven Félix Iznaga.

El Sr. Iznaga, además de un completo caballero, es uno de los empleados más entendidos de nuestra administración civil.

ENRIQUE FONTANILLS.

# BAJO EL MORAL

(RECUERDOS DE LA ALDEA)

La sombra de un moral verde y frondoso

ZORRILLA.

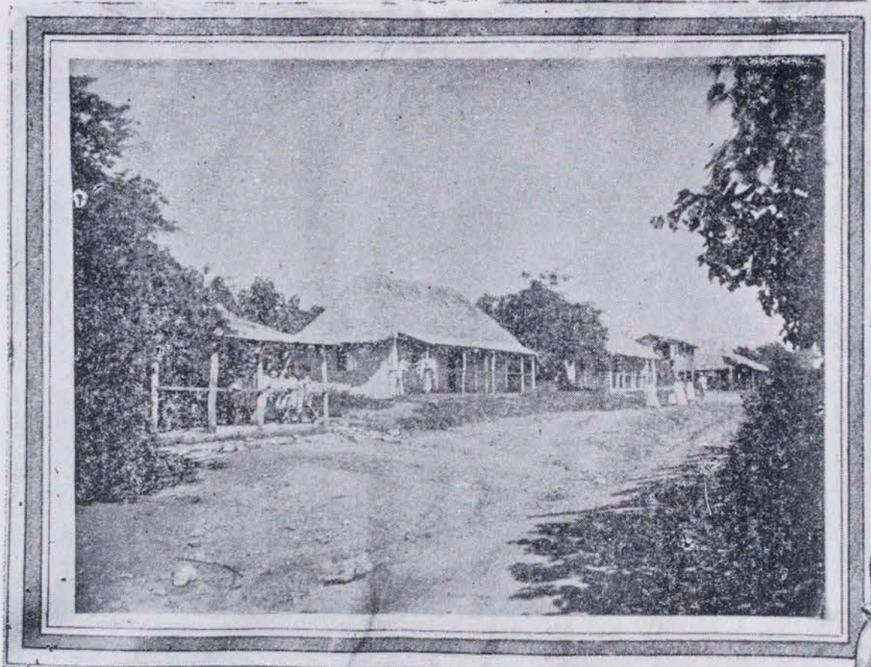
## I



N el patio de mi campestre casita, há dilatados años que se alza un frondoso moral, bajo cuya sombra, y á la caída de las tardes sonrientes del estío, leía, escribía, meditaba, saboreaba tazas de café y fumaba. Su follaje depositó en mi oído armonías, que le arrancaron las brisas, que acompañaron con sus gorgeos las avecillas, jugueteando entre las hojas, y cuyas notas parecían brotar de una lira de luz, cuando el sol iluminaba el moral con tonos de fuego.

Alguna que otra sazónada mora se desprendía de las ramas, y al aplastarse en el suelo dejaba

una mancha morada; otras, caían picoteadas por los pájaros; y el tono blanco de las nacientes resaltaba entre el verdor de las hojas,



TEATRO DE LA GUERRA.—Vista del poblado de Cuabitas, en la provincia de Santiago de Cuba, incendiado por los insurrectos.

como una bandada de palomas que se hubieran posado fatigadas en un campo de verde cebada.

Algunas veces, como travieso rapaz que busca *la fruta del cercano ajeno*, me encaramaba en las tapias de piedra que rodeaban el patio, y mi mirada bañándose en luz navegaba, se perdía en el movable horizonte, ya siguiendo la espiral de humo que lanzaban las ennegrecidas chimeneas de los hogares campesinos, ora el vuelo de las aves que cantaban sus amores entre las nubes, ó ya el ondular de la mies y de las amapolas, al besarlas el vientecillo perfumado por el romero y por el tomillo.

Las aldeanas de robustas formas, corto zagalejo y encendidos labios, cantaban entre los riscos como cantan las alondras, y sus canciones vibraban en la soñolienta atmósfera, con cadencia poética que invitaba á soñar.

## II

Con frecuencia, me pedían los traviesos muchachuelos de la aldea permiso para coger moras: yo se lo otorgaba prontamente, recomendándoles tuvieran cuidado con caerse de las altas ramas; y desde mi mecedora gozaba y sonreía, con esa sonrisa que inspira la inocencia satisfecha, cuando los veía trepar con la agilidad de las ardillas por el el vetusto tronco del moral y por sus endeblés ramas. Cuando encontraban alguna de estas agobiada por el negrusco fruto, lanzaban al aire chillidos de placer que yo recogía en mi alma como un rocío del cielo y de la inocencia,

y no he oído en ningún pentágrama notas tan dulces y armoniosas como las frases de aquellos muchachuelos..... cual aquella

*charla interminable y rota como niebla deshecha por el viento.*

## III

Y aquí se me ocurre una pequeña digresión. ¿Por qué perdemos con la edad ese encanto que tiene nuestra conversación cuando somos niños? En éstos, el lenguaje es un conjunto de notas simpáticas.... y cuan ríen, sus carcajadas impregnadas de esa alegría *sublimemente hermosa* de la inocencia tranquila, evocan tantos recuerdos en nuestra imaginación, que si meditáramos un poco sobre ello.... con frecuencia se agolparían las lágrimas á nuestros ojos.

## IV

Brillan en el horizonte las aguas del río Tajo; los árboles de sus orillas se miran en ellas y las ranas que chapotean en el barro de sus riberas entonan sus discordantes cantatas de amor.

De entre el tono verde oscuro de los olivares, y el más vivo y brillante de las viñas, sobresale el amarillo de la mies dorada, en donde el labrador amontona los haces ó aventá la paja, mientras los rapaces trillan la espiga y dirigen las caballerías cantando coplas sencillas, como sus costumbres.

## V

Luego, la tarde cae.

Cesan las faenas campestres: lo picachos de las sierras se iluminan con los postreros fulgores del día; las avecillas se agolpan cantando en el ramaje de los árboles; el cielo se cubre de lindas nubes; el humo brota en caprichosas espirales de las chimeneas, y las campanas de los templos y santuarios tocando las oraciones, evocan las plegarias y bendicen al día expirante. El campesino se descubre, inclina el anciano la nevada cabeza, abre sus alas el recuerdo, llama á las puertas de nuestra alma.... y la luna lentamente brota como una golondrina de plata que gorgoea por los espacios cubiertos de estrellas, las dulces baladas de la noche.

## VI

Entonces, regresan de las éras los trabajadores, montados en sus caballerías, ó guiando los pesados carros conducidos por bueyes.

Los rostros tostados por el sol, á pesar de los sombreros de anchas alas con que se protegen; el chirrido especial de las ruedas; las nubes de polvo que levantan á su paso; los cantares siempre pendientes de sus labios, y los gritos de los rapaces que juegan en la puerta de sus hogares, forman un hermoso conjunto que encanta, que distrae, y que hace envidiar su existencia sonriente por lo tranquila, dichosa, y ennoblecida por el trabajo.

## VII

Los días festivos, cubiertos con sus mejores galas, bailan los mozos al són del tambor y el *chifle*, mientras los casados y los viejos beben grandes jarros de añejo vino y departen amigablemente sobre el resultado de las cosechas.

## VII

Envidien otros los placeres de las capitales, y denme á mí una casita en una aldea con su moral en el patio bajo cuya sombra lea y medite: gocen otros en el torbellino de las naciones de esa distracciones que arruinan el capital y el cuerpo; yo sólo deseo la sencilla vivienda campestre donde me levanto con el suave canto de los pájaros, indiferente á las acechanzas de las pasiones humanas.

ANGEL E. BLANCO.

## —♦— UNA BODA —♦—



OR fin ha cesado de llover. Como una invisible esponja, el enarenado piso se ha sorbido en breves minutos los arroyuelos del paseo que brilla ahora con reflejos de pedrería en esos mil corpúsculos de mica, especie de polvillo de diamante en que bullen los suelos de arenisca.

De los cuadros de césped cercanos y de los macizos de hortensia viene á bocanadas el delicioso aroma de humedad, tan grato á pulmones calcinados. Es una ola de frescura en que palpitan los ecos del espliego y el resedá y que lo cubre todo como

el vapor de un cedro humeante en la aristocrática chimenea.

Con esa invasión del ambiente han hecho su aparición repentina los rapaces gorriones, alegres como muchachos á la salida de la escuela un sábado. Gritan todos á un tiempo, se atropellan, se van á los picos por no poderse ir á las manos y un pobre pétalo de rosa mustio y lleno de afrenta por el fango es la manzana

lumbradores. Recórtase el blanco espacio sobre el menudo, aterciopelado césped y la amarilla grama, constelada de gotas brillantes que titilan en las briznas como lágrimas en las pestañas negras de una mujer llorosa.

El sol lo calienta todo y una neblina tenue, un ligerísimo vapor, entolda como una gasa blanquecina el horizonte de aquel paisaje en miniatura.

Bajo el florido tallo de un romerillo, brilla algo con tonos de bronce y esmeralda. Es una lagartija. Parece un dije precioso caído de la manteleta de una hermosa. Sale pausadamente, levanta su chata cabecita moviéndola curiosa á todos los vientos y hace subir y bajar como el seno en palpitaciones, la roja bolsita de su garganta.

El rayo del sol la acañicia. Parece como que se desentumece, que se despereza frotando el invertebrado torso contra las menudas arenas del paseo y meciendo la cola de reflejos de tornasol. Sus ojos, aquellos ojos vivaces como chispas de fragua, permanecen, sin embargo, fijos en la orilla opuesta del césped. También allí parece reconocerse otro ser cobrizo de resplandores de oro. Es otra lagartija, movible é inquieta desde que unos ojos la siguen con la insistencia del ave rapaz. Se ha quedado, al



GRUPO DE ALUMNAS DEL PROFESOR DE CANTO SR. PONS, DE SANTA CLARA

de la discordia en aquel pequeño é inquieto ejército de bandidos. El que se alza con la presa victorioso, se vé despojado de ella en un instante, sube de pronto el clamor, se hacen un montón los combatientes, ruedan sobre la arena que levantan con la puntita de las alas vigorosas; otros alzan el vuelo y desde las ramas de los álamos próximos insultan á los de abajo.

Sobre un banco cercano acaba de dejarse ver repentinamente un huésped inesperado. Es un mastín de hocico partido y ojos lacrimosos, que alarga sus patas delanteras en actitud de lanzarse sobre el bando gritador é inquieto. Entonces se inicia la dispersión de la chusma beligerante y toda en masa vá á posarse en el hermoso laurel que asoma su luctuosa y verde copa sobre el blanco muro todo coronado de puntiagudos cristales. Y allí crece la algarabía y los intrusos se persiguen con encarnizamiento entre las ramas, salen de lo umbrío, vuelven á entrar huyendo de sus vengativos camaradas y todo aquel pabellón de palpitante verdura, se vé conmovido en su interior por mil paticas débiles como alambre pero jamás en reposo.

Abajo, entre tanto, brilla al sol alegre de medio día aquella vereda de menudos fragmentos diamantinos con cambiantes des-

fin, inmóvil, la cabecita de lado, curiosa y acariciadora. El otro, pasito á pasito está ya muy cerca de ella, casi la roza con su prolongado hocico nervioso. Entonces mézclanse los cambiantes metálicos de aquellos dos seres que chispean entre la yerba humedecida por la lluvia, cual si fueran dos lucecillas fosfóricas en la obscuridad. En derredor bullen los hormigueros, imagen de la codicia, alargando sus caravanas como rúbricas negras sobre la blancura del pavimento. El mastín se ha tendido perezoso sobre el banco de granito y contempla con ojos cansados aquel cuadro que agobia el bochorno de un sol de junio encendido con todas las luces del cielo.

Todo un idilio de pasión se desenvuelve entonces bajo aquel toldo de verdura que recorta sombras prolongadas á lo largo de la avenida, sombras que simulan encajes de rara labor movibles á favor de una brisa imperceptible. En lo alto, una sinfonía deliciosamente inacorde acompaña los trasportes amorosos de dos seres que disfrutan su parte en el banquete del universo que arde en resplandores, preñado de perfumes enervantes, bajo la ola de calor que baja de los cielos á la tierra.

ALVARO DE LA IGLESIA.



TEATRO DE LA GUERRA.—Retrato del Teniente de Infantería del Regimiento «Habana», D. Miguei Martínez, destacado en Bayamo. Dicho oficial aparece en esta fotografía acompañado de su Señora y diez de sus hijos.

## CRONICA DE MODAS

EL ABANICO IMPERIO Y LA SOMBRILLA FRANCESA  
CARRANZA—IMPORTADOR



LA moda es la reina de las caprichosas. Y la más frívola y la más duradera de las monarquías. Porque es variable y como variable graciosa... y lo que es más, apremiante. La moda vive de futilidades, pero esas futilidades son toda la gracia de la mujer.—Porque al hablar de modas el nombre de la hija de Eva surge. El Adán abdica ante esa monarquía que tiene un abanico por cetro.

No haré la historia de la moda ni me remontaré hasta la mantilla hecha de hojas de parra que las hijas de los hijos de Abel extendieron sobre el mundo. Sería muy largo, muy enojoso y muy vano. La moda es la actualidad y la actualidad es siempre el año de gracia. Y estamos en 1895. Y en la Habana. La moda en la Habana está en casa del Sr. Carranza.

Carranza es universalmente conocido. Su establecimiento, mejor dicho, sus establecimientos, porque tiene tres: *La Especial*, *La Complaciente* y *El Japón*, son el punto de cita de todas las habaneras—mejor dicho, de todos los residentes en la Habana.

Las tres cosas más bellamente exteriores de la mujer: el guante, el abanico y la sombrilla son privilegios de Carranza. El los importa de París directamente, donde se rinde vasallaje á la elegancia—de tal manera que toda moda para que sea aceptable debe llevar como un marchamo: *a l'instar de Paris*.

Y al igual de París el Sr. Carranza ha importado á sus numerosos marchantes el afamado abanico «Imperio», reproducción pasmosa de la época del Consulado francés que á principios el público preparó en una guerra de salones y tras esos abanicos la llegada de Napoleón. Napoleón I los consagró y les dió su sello de notoriedad, agradecido á la parte que tomaron en el festín los cuchicheos alados tras el abanico.

El abanico *Imperio* ó abanico Carranza es la mejor garantía de la belleza y la elegancia de la mujer. Ligero, aéreo, vaporoso, es el más delicado de los cetros femeninos. El abanico, para la mujer, es más que el bastón para el hombre—porque el hombre siempre lleva la peor parte. Nosotros lo sabemos bien.

Pero ciñámonos al abanico «Imperio», el hallazgo de Carranza. De varillaje largo, fino, y al mismo tiempo resistente, sólo tiene igual en el paisaje que recuerda la época de talles altos y de casacones bien cortados. Hasta las figuras que llenan ese mismo paisaje están hablando de época, época antigua y hoy nueva por razón de la moda.

Hay gallardas preciosidades en la manera de hacer y presentar esos abanicos. Los hay de un lujo extraordinario y los hay de una modicidad en el precio, extraordinaria también. Paisajes de fondo negro, pintados á la manera de Boucher y Watteau (como que son hechos en París) salpicados de lentejuelas, bañado de arabescos el varillaje, convidan á todos los ensueños y son al abrirse como un panorama de ilusiones. Los hay de fondo de papel y de paisaje análogo, con lentejuelas también. De los de uso diario se despachan al día abanicos por miles. No hay mujer que no sea esbelta y doblemente mujer con ese accesorio que parece fabricado por hadas parisienses. (No serán hadas, pero son parisienses y es lo mismo). Trabajo *féerique*.

El abanico «Imperio» de Carranza se ha hecho una necesidad. No hay señorita á quien no haga falta ese álbum sin palabras de hojas que cuando se abren forman un búcaro con pétalos por hojas.

Carranza ha hecho una renovación en el ramo de los abanicos destruyendo al abanico japonés ya gastado de haber pasado por todas las manos y de haberse abierto y cerrado con su silvido característico en todos los modos de moda en la Habana Carranza. Es también la última novedad en notoriedad revelarán á nuestras elegantes, más que lo que pudiéramos decir la excelencia de esos dos productos que son tan pedidos en *La Complaciente*, *La Especial* y *El Japón*, los tres soberbios establecimientos del Sr. Carranza, tan celoso de su dignidad comercial y tan bien reemplazado por su excelencia en la dignidad.

La crónica siguiente será dedicada al guante—otra especialidad de la casa Carranza.

# Abanico "Imperio"

El abanico *Imperio*, se ha impuesto entre las damas de buen tono. El otro abanico, el antiguo, el japonés, huye avergonzado, corrido, ante la aparición de su competidor, el incomparable, el elegante abanico *Imperio*, importado por Carranza, que conoce el gusto de la mujer cubana.



El abanico *Imperio* impera y navega viento en popa.

El abanico *Imperio* viene de París y su propósito es derrotar en toda la línea a su rival, el abanico japonés, precisamente en los momentos en que el Mikado ha logrado una victoria tan completa sobre los ejércitos del gran imperio chino.

El japonés venció con las armas y perdió con la moda. — Hay mil formas distintas, todas caprichosas, todas elegantes. — Pídase el abanico *Imperio* en



BIBLIOTECA NACIONAL  
JOSE MARTI  
Habana, Cuba

\* La Complaciente \*  
Habana 100

\* La Especial \*  
Obispo 99

\* El Japon \*  
S. Rafael 13

viejo sabio recibía la vacilante luz de una pequeña lámpara de aceite que chisporroteaba suspendida en su vaso. El viejo sabio estaba inclinado sobre un libro mágico que absorvía su atención, mientras que en el café llegaban, una tras otra, las bailarinas, y los músicos templaban sus instrumentos. La adorable y pequeña Mounette se dirigió a mí, con la más bella de sus sonrisas; me arrebató las frutas y los dulces que yo le llevaba; me hizo sentar a su lado, y desplegó un arsenal de coquetterías infantiles ó calculadas, acariciándome con la voz y con los ojos, como se hace con un tío, cuya herencia se desea.

Por el modo con que recibí sus astutas niñerías, comprendí pronto que no podía confiar demasiado en mi desinterés. Entonces, picada por encontrarme tan poco razonable, tomó un aire de disgusto, se apoyó de la sandía y se dispuso a partir.

Al contemplar sus movimientos ondulados, que le prestaban tanta gracia, pensaba yo en los vasos de champagne, en los pasteles trufados, en las ensaladas rusas—recuerdos de otra época—y comprendí á las personas que habían perdido la noción de los placeres, hasta el punto de encerrarse en un círculo banal de diversiones convencionales, sin tratar de conocer las exquisitas novedades, cuyas primicias me ofrecía Mouna.

24

MANARPH

21

MANARPH

Esa fué nuestra primera nube. Sin embargo, al cabo de cinco minutos habíamos celebrado la paz; por supuesto que yo hice todos los gastos, y hubo suspensión de hostilidades durante un buen periodo de tiempo.

Supe por la joven indígena que ella vivía con una mujer de su tío, en el fondo del cuartel árabe, á título de pariente pobre, posición poco envidiable en todas partes. Recibía allí una hospitalidad molesta y la pobrecilla se ayudaba con su propio trabajo; pasaba una vida miserable que en modo alguno parecía ser de su agrado; encontrarse en tal condición, ella, tan joven, tan graciosa, tan elegante, con su mirada indecisa y con todo aquel encanto, que ponía de relieve su instintiva coquetería!

Ella tenía conciencia de lo que valía y como ya habrá podido notarse, no era una conquista fácil; no porque defendiese su virtud—era muy árabe para tenerla—sino que como artista todo lo hacía con arte; se abandonaba y se contenía alternativamente, hacía nacer la cólera ó el amor con los ojos velados, con los mismos labios húmedos y rojos, buscando, animada de la mejor buena fé, en donde se encontraba el verdadero placer. Sus esfuerzos tendían á volverme loco, y cuando leía la locura en mi mirada, fingía tal espanto, que yo permanecía sin fuerzas ante su debilidad. De

MANARPH

17

les recomendé la discreción, si pasaban por nuestra casa, y tomé en el acto el camino de Constantina.

¡Dios mío! qué hermoso me pareció el país al ascender esa interminable cuesta de Hamnah que concluye en la puerta de la Brecha!

Para evitar el calor nos pusimos en marcha á las primeras horas de la mañana; caminábamos con sombra y ya el sol iluminaba la ciudad; la roca gris aparecía roja bajo las caricias de sus rayos; el Chettebani se teñía de púrpura, y los matices rojizos de la aurora se mezclaban con diluzura infinita al recibir los ósculos del oriente. Hacía atrás el cielo todo se hallaba cubierto de fieras nubes, en forma de copos de algodón, y se despojaba trabajosamente de su atavío nocturno: cada copo se extendía con pereza aquí y allá, fraccionándose en pequeñas partículas y concluyendo por desaparecer en el infinito. Mis hombres, todavía soñolientos, marchaban en silencio; solo un bretón cantaba una queja de su país, y su voz planifera, así como el estruendo monótono de la cañería, embargaban mi pensamiento.

Algunas veces hay en la vida dulces momentos de placer, días de espansión intensa en que todo contribuye á la felicidad. Yo me encontraba en uno de esos periodos de ventura y acogía con reconocimiento

MANARPH

20

prendía en todos los idiomas. Una vez la oísegué con un espejo de bolsa; aquello fué un delirio, se miraba en él y se reía, se tocaba los ojos, sacaba un pedazo de lenjua puntiaguda, hacía adorables señas; después, cerrando el precioso juguete, los deslizaba en su seno y concluía con estas palabras:

—Mounette bonita; tu *bono*.

Una mañana, impulsado por yo no sé qué acceso de lirismo, le pregunté *abrupto*:

—¿Me amas?

Esta absurda pregunta tuvo la respuesta que tenían todas mis interpelaciones, aun las más sensatas:

—¡Manarph!

Nos encontramos en nuestro hueco ocultos en desenvolver un paquete que encerraba una sorpresa. Tomé vivamente el regalo, lo guardé en mi bolsa y la dije con cierto tono imperativo:

—A tu disposición!

Mouna, humillada, me miró con ira, regresó al sitio en que se hallaba su cubeta de agua sucia y me contestó:

—Señor, tu eres estúpido!

Le dije que sus palabras me parecían ligeras y me arrojé á las rodillas una de sus babuchas, exclamando:

—*Ouach antife!* (\*)

(\*) Nada me importa!

